

culturas y generaciones e incluso magnífico gozne intrageneracional. No debe sorprendernos, Javier fue bisnieto de Sebastián Wimer, recio constructor de puentes, del desaparecido ferrocarril mexicano, hoy víctima de nuestras privatizaciones, y caricatura de un Estado miniaturizado.

Su vocación de puente fue escriturado desde el día de su nacimiento, el 6 de enero de 1933, en la Bahía de San Francisco, se iniciaba la construcción del Golden Gate.

Pero más allá de la amistad y la de nuestras familias, nuestra convergencia más fértil lo fue en el tema de los derechos humanos. Los asilados, los refugiados, los perseguidos por la intolerancia, los desaparecidos, los deportados. Su devoción llena de simbolismos por León Trotsky y sus memorables contribuciones al comité de los derechos económicos, sociales y culturales de las Naciones Unidas, lo pintan de cuerpo entero.

Nuestro último encuentro, días antes de su partida, fue en medio de un desfile de leales, me tocó el turno de conversar después de Ricardo Valero y antes del ingeniero Volkov. Intercambiamos libros. Me había pedido algún texto sobre los judíos en Persia, desde su liberación de la esclavitud en Babilonia por Ciro el Grande, él, a cambio, me obsequió, del teólogo Harold Bloom, un formidable alegato sobre la religión y la utopía norteamericana.

Escuché ya con su voz apagada, pero con inteligencia incandescente, su juicio mordaz sobre los días que vivimos y al final, un reproche merecido: mi falta de

compromiso con el dominó, lo que me había privado de las semanales tertulias con sus más cercanos. Me quedé así, con la mula de seises.

Por último quiero pasar lista de su cadena de mujeres. Su madre doña Esperanza Zambrano, su tía Otilia, nuestra admirable y fraternal Angelina (su Nenuca), y su tribu (de las buenas) Del Valle, Marilina (hija comprometida), Renata (heredera de las dotes de sus abuelos Miguel y Esperanza), Victoria y su nieta Berenice.

Hoy Javier, donde sea que se encuentre, ya lo vemos, desplazándose con fluidez en los salones del más allá, escuchando a Camille Saint-Saëns, escoltado por afiladas catrinas, presenciando en vivo, la danza macabra.

Descanse en gozo nuestro inolvidable Javier.

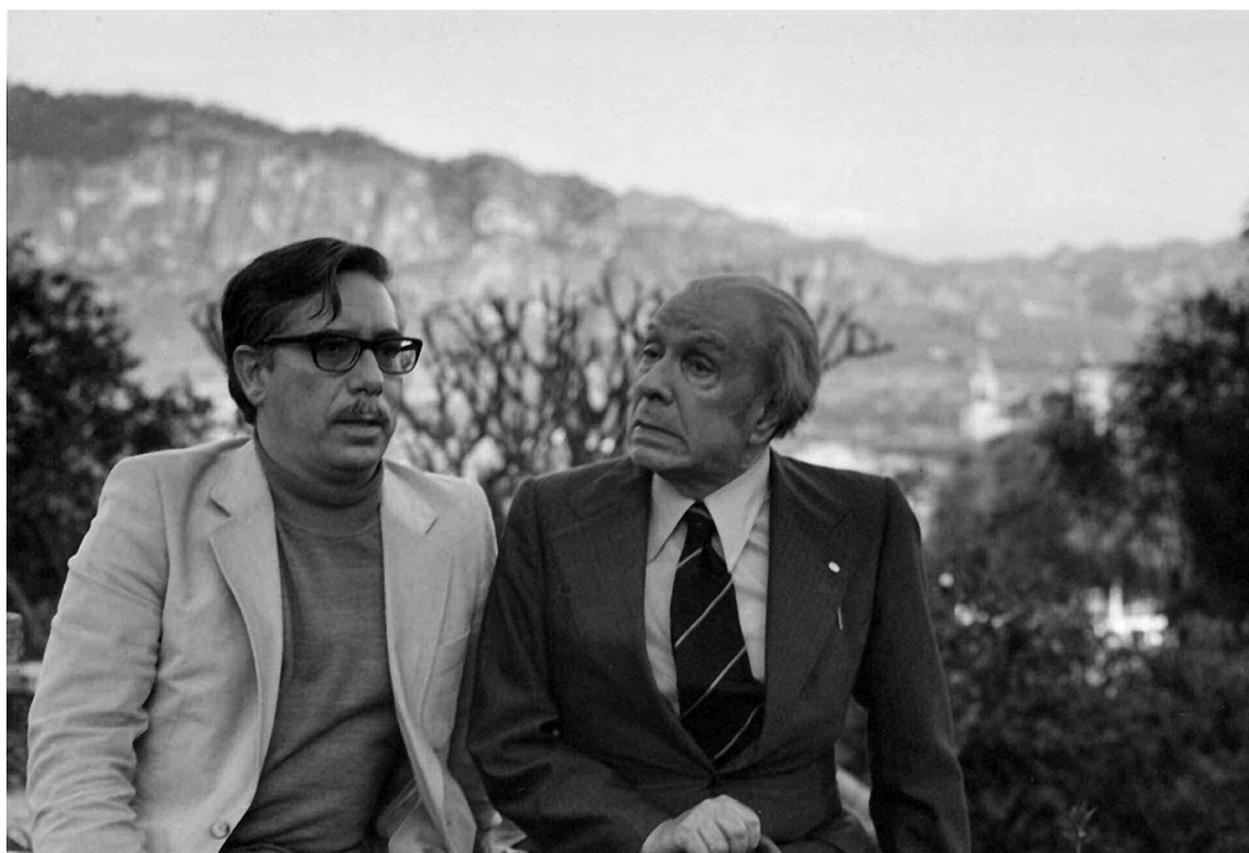
Mientras tanto, a sus supervivientes nos toca, irremisiblemente, mantener la alerta.

EL HOMBRE QUE AMABA LOS LIBROS

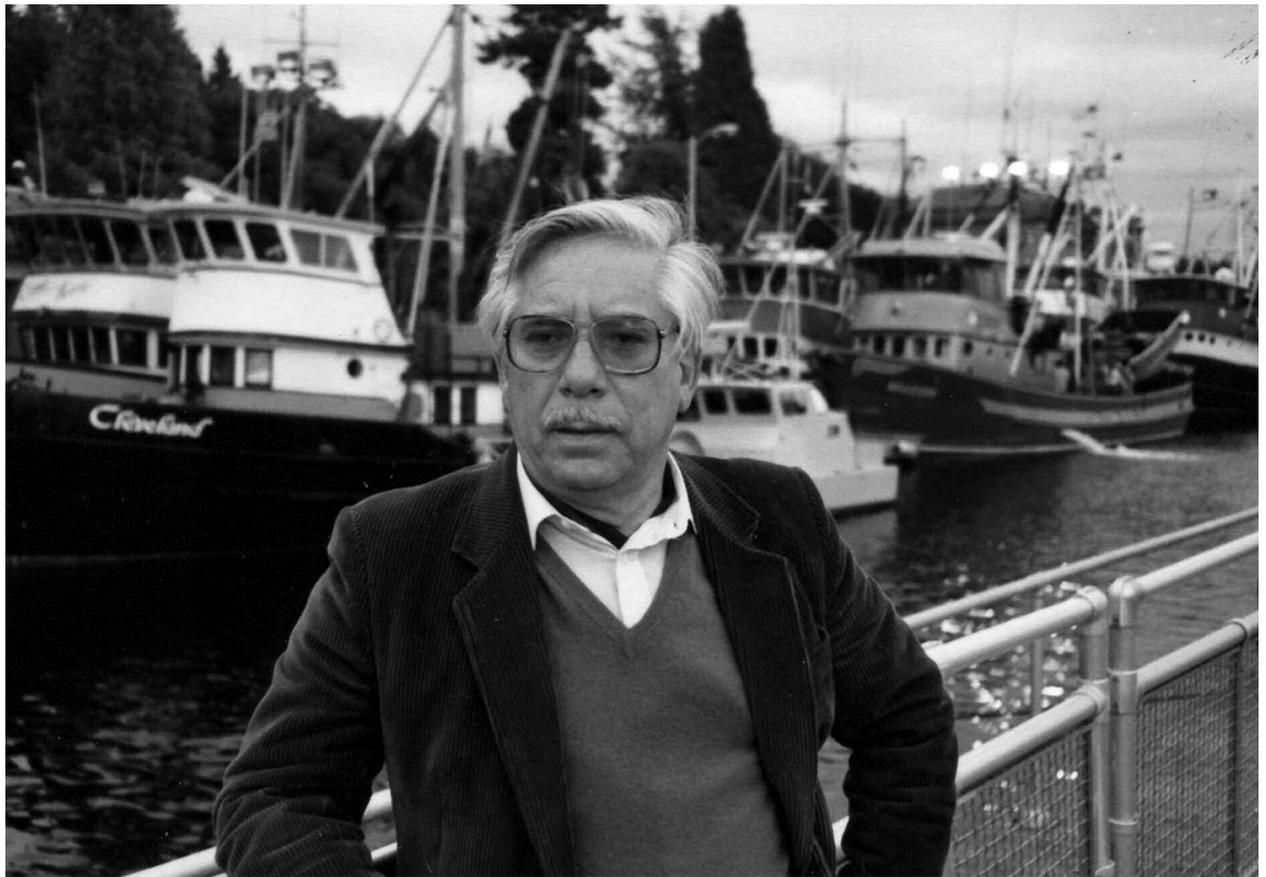
Carlos Payán Volver

*...se me ha muerto como del rayo
Ramón Sijé, a quien tanto quería.*
MIGUEL HERNÁNDEZ

En el Anfiteatro Simón Bolívar de la Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad que fuera para muchos Madre y Maestra, fuimos a hablar de Javier Wimer.



Javier Wimer con Jorge Luis Borges



Luego de su muerte hemos contado lo que ya sabíamos. Era necesario para que la memoria no lo ocultara en esa sombra que es el olvido.

Yo diría, recordaría, que se escapó del milagro de la vida que tanto disfrutaba, así, tan de repente, que uno se ha quedado con las manos vacías y un hueco en el corazón, pues se ha ido un hombre que había sido siempre un gran amigo, en las buenas y en las malas y que hizo de la amistad, sin quererlo, sin desearlo, porque estaba en su natural, una vocación.

Wimer fue un gran dador de amistad.

Alguna vez, en medio de los tragos, me contó los últimos momentos de la vida de Emilio Uranga que había sido un muy destacado fundador del Grupo Hiperión y que abandonó la filosofía para convertirse en un amanuense de políticos y cómo, en su final, recuperó su dignidad y prácticamente se había dejado morir de hambre sin pedir ninguna ayuda. Me lo contó con lágrimas en los ojos por la amistad y el afecto que le guardaba.

Wimer amaba su país. Siempre atento al acontecer de la política sabía entender lo que estaba pasando y cómo las nuevas generaciones iban desdeñando a aquellos que se habían formado con un espíritu republicano. Era en cierto sentido uno de los últimos verdaderos republicanos.

Pero yo lo que quería contar de Wimer son otras cosas. Decir, por ejemplo, que tenía una cultura formada en el humanismo y que fue un gran lector, un

apasionado de los libros al que le gustaba coleccionar algún tipo de ellos.

Alguna vez me mostró uno, recién adquirido, impreso a mediados del siglo XVII, esplendoroso; era un tratado de plantas, con cada dibujo impreso y coloreado a mano.

—¿Y esto? —le dije.

—Por el puro gusto de ver estas maravillas —contestó.

En otra ocasión, se decidió a vender, en una época de vacas flacas, la *Suite Vollard* de Picasso, una carpeta que contenía cien grabados del pintor. Llamó entonces a Emilio, mi hijo, pintor y grabador y le mostró la *Suite*.

—Mírala todo el tiempo que quieras, ya la vendí y mañana va a desaparecer de nuestras vidas este prodigio.

Wimer era un espíritu delicado. Supimos que esa venta le había dolido profundamente.

Su principal actividad de coleccionista la prodigó en la búsqueda del pequeño libro de grabados de Holbein sobre *Las danzas de la muerte*, editadas en un pequeño formato de escasos ejemplares. Por aquí, por allá consiguió algunos grabados que habían sido desprendidos de algunos de los libros que los contenían. Luego, en Amsterdam, en una librería de antiguo, al fin consiguió un libro casi completo.

Al leer uno de los múltiples catálogos de librerías que recibía encontró que en un pueblo de los Alpes suizos vendían un libro completo de *Las danzas de la muerte*.

Apuntó en una libreta el nombre del lugar y la dirección del librero. Un par de años después tuvo necesidad de ir a La Haya. Ahí tomó la decisión de ir a buscar el libro. Un sábado, a las nueve de la mañana se subió al tren que lo acercaría a ese lugar al que llegó a eso de las doce horas. Al entrar a la librería encontró un local de ocho por seis metros atestado de libros, en los anaqueles sobre las mesas que estaban en el centro de la habitación, amontonados en el propio suelo. Un viejo librero que parecía rabino alzó la cabeza tras la montaña de libros que la cubría. Se saludaron y luego de las preguntas del anciano librero: ¿De dónde viene? ¿Qué lo trae por estos lugares? ¿Busca algún libro?, Javier contestó que quería saber si todavía conservaba la edición de *Las danzas de la muerte* de Holbein. El viejo navegó por ese mar de libros, abrió una vitrina con una llave que llevaba en el chaleco y sacó un libro, un poco o un mucho maltratado, le limpió el polvo con una brocha de pintor y le dijo a Wimer que ese polvo lo protegía un poco de la humedad.

LA SABIDURÍA COSMOPOLITA

Jorge Ruiz Dueñas

Si todas las generaciones, parodiando a Albert Camus en su discurso de Suecia, se sienten llamadas a reformular al mundo, Javier Wimer fue, en la medida del hombre, uno de esos seres humanos llamados a evitar que el nuestro se destruya. En los treinta y cinco años de nuestra amistad le recuerdo dispuesto siempre a la generosidad desprovista de gesticulación y a la defensa del destino pleno de los demás. No he de insistir en sus virtudes obvias, como las astutas rapsodias mentales, la erudición bien dispuesta a disertar lo mismo sobre grupos de poder que del lenguaje celebratorio de Saint-John Perse, o de su capacidad de síntesis desmadejando insólitos argumentos.

Conocí al Wimer de sonrisa abierta cuando su adusta corteza caía como campanadas del carrillón. Así me despedí de él después de un memorioso repaso de viejas anécdotas sobre ocupaciones comunes, sin que la ironía y el buen humor le abandonasen. Hablamos de los tiempos del hermano mayor develando su idea de la estructura del universo de discurso, siempre robustecido por el verbo y semidesnudo de adjetivos. Esa noche sólo nos dijimos hasta pronto, consciente él de la finitud de su cuerpo, sin comentarios taciturnos, y como un actor con dominio pleno de la escena decidido al tránsito hacia lo indefinido, ese inevitable ritual de la existencia.

Víctor Flores Olea ha dejado en sus *Retratos de familia* un recuerdo gráfico de esa actitud jocunda de Javier Wimer. Algo escribí entonces sobre el ojo de cristal de Víctor que, a la manera de Eliot, hacía posible preguntar-

nos a los congregados en esas páginas: “¿...estás ahí...?”, a lo que ahora más de dos decenas, con el propio Javier, podrían responder: sí, estamos ya dispuestos en la barca de Caronte.

Por ello, entre sus virtudes, me gustaría referirme a su seducción por la naturaleza en el sentido menos contemplativo y más cotidiano. Merced a su visión del porvenir Javier Wimer, como Fernando Pessoa, podía decir: “Tienen todos, como yo, el futuro en el pasado”. Pero, más allá de su inquietud por la vida comunitaria, por el animal político y el destino social, era quizás el pretérito de la naturaleza en evolución constante lo sustantivo de su intimidad intelectual. La interpretación paulatina de los hombres de antaño sobre los fenómenos naturales, y la literatura copiosa de interpretaciones antiguas donde Borges resulta un vocero de la ciencia antigua podían llevarle horas de charlas sin cesura. La verdad detrás de la verdad, donde la campiña y los burgos se nutrían de mitos semejantes y, como siempre, donde el conocimiento apenas era otra forma de la ignorancia le llevó a la búsqueda aun novelesca de libros antiguos en Praga o París que luego compartía con generosas interpretaciones.

Su deslumbramiento por el mundo era perpetuo, aunque de la condición humana, como Terencio, nada le era ajeno. Estas fugas le permitían escapar de toda dimensión para buscar en sus reflexiones respuestas al *tempo* del paulatino despertar del conocimiento, entre las brumas metafísicas de un pasado delirante.

Dónde sino en su biblioteca podía encontrarse la *Cosmographia universalis* de Sebastian Münster en la edición de Basilea de 1550, para consultar los peligros que aguardan al marinero desprevenido, o la *Historiae Naturalis* de *Iohannes Ionstonus*, en su edición de 1659, sólo por mencionar dos títulos que hablaban de la exquisitez intelectual de su dueño. Con quién sino con él era posible discutir hasta dónde Ambroise Paré recogía una imagen de Conrad Gesner y, ésta, a su vez, de Belon. Extrañaré sin duda al fraterno Javier y las inesperadas pausas en su jardín —hecho a la medida de un santuario natural— cuando posaba la mirada en la copa de los árboles y parecía escuchar el sistro del viento y los mensajes del ábrego deslizado desde los ribazos del Ajusco. Luego caía su reflexión o el dato preciso: el linaje de los terebintos, el estallido de las florescencias, la razón secreta del gesto del macaco, la nostalgia herbosa de la orquídea, o el tableteo de las cigüeñas en los nidos de astillas. Por qué sino por su curiosidad insaciable de conocer el proceso que hizo la memoria del mundo, su interés sin medida en las expediciones trashumantes y por la aventura del conocimiento de los reinos naturales.

Él mismo, trashumante ante los colosos megalíticos de la isla de Pascua, en los hallazgos meridianos de las